



Este domingo cierra la solemne semana de Pascua. Es conocido comúnmente como *domingo in albis* en memoria de las vestiduras blancas que hasta aquí habían llevado los nuevos cristianos bautizados en la Vigilia de Pascua. Es una ocasión propicia para considerar las implicaciones de nuestro bautismo. Todos los bautizados, de ayer o de mucho tiempo atrás, somos de algún modo *recién nacidos*, con la necesidad de tomar conciencia de *que el bautismo nos ha purificado, que el Espíritu nos ha hecho renacer y que la sangre nos ha redimido* como reza la oración colecta de la Misa.

El relato que hoy nos ofrece el evangelio expresa por boca del apóstol la fe de la comunidad cristiana de todos los tiempos: *Señor mío y Dios mío*. En principio, a cualquiera le gustaría poseer una certeza física, donde no quedase margen a la duda en cuanto a las cuestiones que sustentan la propia creencia; no obstante, por poco que lo consideremos, sería como querer abarcar con nuestra capacidad intelectual la realidad última no solo en el campo de lo material –propio de las ciencias- sino también en las realidades trascendentes.

Los cristianos -como entonces los apóstoles- podemos estar *encerrados* por temor a no ser comprendidos, a sentirse descalificados por las corrientes ideológicas de moda, amparándonos en el confort de una vida no comprometida. Es necesario, entonces, que venga y se aparezca Cristo, que abra puertas y ventanas, para que salgamos a testimoniar abiertamente la fe en el Resucitado, a proclamar que con la Resurrección el futuro se ha hecho presente. Y ese futuro nuestro es cuestión de fe, no de evidencia. De ahí el deber de superar la tentación de querer *palpar el agujero de los clavos y meter la mano en el costado*, para estar seguros de lo que creemos y proclamamos. Y ¿cómo no apoyarnos en el testimonio de aquellos que tienen razones para afirmar: *hemos visto al Señor*. No es la visión física, sino la visión interior, el fruto haber recibido el Espíritu Santo, lo que nos hace creyentes.

Unámonos a toda la comunidad cristiana en nuestra confesión de fe: ¡Cristo ha resucitado! Dado que El está presente donde dos o más se reúnen en su nombre, en la asamblea litúrgica de este domingo podremos vivir la alegría en la certeza final y el gozo de ver al Señor presente en el sacramento de la eucaristía. Ser cristiano es creer en la Resurrección de Cristo, es creer que gracias a ella la muerte se torna en vida, la tristeza en gozo, la prueba en gracia. Porque allí donde Cristo se hace presente hay luz y alegría.



**Lectura del Apóstoles (5,**

Por mano de

**libro de los Hechos de los 12-16)**

los apóstoles se realizaban muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Todo se reunían con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón; los demás no se atrevían a juntárseles, aunque la gente se hacía lenguas de ellos; más aún, crecía el número de los creyentes, una multitud tanto de hombres como de mujeres, que se adherían al Señor.

La gente sacaba los enfermos a las plazas, y los ponía en catres y camillas, para que, al pasar Pedro, su sombra, por lo menos, cayera sobre alguno.

Acudía incluso mucha gente de las ciudades cercanas a Jerusalén, llevando a enfermos y poseídos de espíritu inmundo, y todos eran curados.

**Palabra de Dios.**

Salmo: **Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.**

Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia.

Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia.

Digan los que temen al Señor: eterna es su misericordia. **R/.**

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.

Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente.

Éste es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. **R/.**

Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad.

Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor; el Señor es Dios, él nos ilumina. **R/.**

**Lectura del libro del Apocalipsis (1, 9-1 la. 12-13. 17-19)**

Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia en Jesús, estaba desterrado en la isla de Patmos a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús.

El día del Señor fui arrebatado en espíritu y escuché detrás de mí una voz potente como de trompeta que decía: *Lo que estás viendo, escríbelo en un libro, y envíaselo a las siete iglesias.*

Me volví para ver la voz que hablaba conmigo, y, vuelto, vi siete candelabros de oro, y en medio de de los candelabros como un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar, y ceñido el pecho con un cinturón de oro.

Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Pero él puso su mano derecha sobre mi, diciéndome: *No temas; Yo soy el Primero y el Último, el Viviente; estuve muerto, pero ya ves: vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo. Escribe, pues, lo que estás viendo: lo que es y lo que ha de suceder después de esto.*

**Palabra de Dios**

### **Lectura del santo Evangelio según san Juan (20, 19-31)**

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: *Paz a vosotros.*

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: *Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*

Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: *Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.*

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: *Hemos visto al Señor.*

Pero él les contestó: *Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.*

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: *Paz a vosotros.*

Luego dijo a Tomás: *Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.*

Contestó Tomás: *¡Señor mío y Dios mío!*

Jesús le dijo: *¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.*

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

**Palabra del Señor**



**UN DEBER A CUMPLIR.** En este domingo celebraremos elecciones generales. Estamos acostumbrados a oír que depositar el voto en las urnas es un **deber de todo ciudadano** que tiene la capacidad exigida por la ley. Y es verdad. Pero ese deber no se agota en la simple acción de votar; también comprende la obligación moral de apoyar con el propio voto a la organización que se considera la más adecuada para conseguir que el quehacer político tenga como objetivo primordial el bien de toda la sociedad.

En ocasiones, sobre todo cuando la desilusión ha dejado mella en el propio ánimo, se afirma que, en la práctica, **todos los políticos son iguales** queriendo posiblemente indicar que en cualquier agrupación se pueden cometer errores, desaciertos; sin embargo, sin negar esa posibilidad, también

nos damos cuenta que al examinar los programas de cada partido hay propuestas que atentan directamente contra valores que se consideran capitales para una buena marcha de la sociedad: la verdad, la justicia, el respeto a la persona, la solidaridad con los más necesitados, la defensa de la vida, el derecho de los padres a educar a sus hijos de acuerdo con sus propias convicciones, etc. Y es posible que, al abordar estos temas, todos afirmen defender esos y otros valores pero, al explicitar su contenido, las diferencias que se observan pueden ser abismales.

Como ciudadanos pero también como creyentes **tenemos obligación de aportar a nuestra sociedad** lo que consideramos favorece al bien común, lo que responde a una antropología sana –no viciada- sin complejos de ningún tipo y respetando siempre las opiniones ajenas aunque sean difícilmente compatibles con las que uno sostiene. Qué doloroso resulta ver en mítines, tertulias u otro tipo de encuentros cómo se valora sin más el ingenio o la habilidad dialéctica al mismo tiempo que se cae en el desprecio, el insulto o el tópico maliciosamente elaborado para descalificar al contrario. ¡Construir, no destruir!

Todos tenemos que **sentirnos actores en la construcción de la sociedad** en que vivimos; de ahí que debemos sopesar detenidamente la orientación que hemos de dar a nuestro voto: ¿quién nos ofrece una mayor garantía para reconstruir una sociedad más justa, solidaria, defensora de los valores humanos y cristianos? No olvidemos que al defender estos últimos no estamos imponiendo a nadie nuestros criterios ni procedimientos que recortan la libertad personal; apoyamos soluciones que resultan más humanas, más armoniosas quedando siempre a salvo la pluralidad que se dará necesariamente en el tratamiento de los asuntos temporales. En este ámbito, nadie tiene toda la razón, nadie posee la solución mágica de los problemas que laten en la vida cotidiana. Votemos como si el resultado final dependiese de nosotros; hagámoslo “a conciencia” y no dejándose arrastrar por mera simpatía, afinidad ideológica o quedando a la expectativa de vernos favorecidos individualmente obviando el bien común.